

Los conceptos de poder y violencia en Hannah Arendt: un análisis desde la comunicación*

The concepts of power and violence in Hannah Arendt: an analysis from the point of view of communication

Os conceitos de poder e violência em Hannah Arendt: uma análise a partir da comunicação

Luis Ricardo Navarro Díaz¹

Marta C. Romero-Moreno²

Universidad Autónoma del Caribe, Colombia

Resumen

El artículo ofrece una reflexión sobre los conceptos de poder y violencia propuestos por Hannah Arendt, analizados desde una perspectiva comunicativa. El poder definido como posibilidad se sustenta a lo largo del documento como aquella dimensión de los seres humanos que existe siempre y cuando existan las relaciones sociales. Para ello se sustenta la tesis que define al poder como aquello que se genera en la interacción de los sujetos comunicantes, es decir, entre los sujetos, en el estar juntos los unos con los otros, al ser vistos y oídos entre sí.

Palabras clave: Poder, Violencia, Acción, Política, Comunicación.

Abstract

The article provides a reflection on Hannah Arendt's concepts of power and violence, analyzed from a communicative perspective. Throughout the document, power, defined as a possibility, is grounded on that dimension of human beings existing only when social relations exist. To that effect, we argue in favor of a definition of power as generating in the interaction between communicating subjects, and namely, in being together the ones with the others, in seeing and hearing each other.

Keywords: Power, Violence, Action, Politics, Communication.

Resumo

O artigo apresenta uma reflexão sobre os conceitos de poder e violência propostos por Hannah Arendt, analisados a partir de uma perspectiva comunicativa. O poder definido como uma possibilidade é sustentada ao longo do texto como a dimensão de seres humanos que existe sempre e quando existam as relações sociais. Para isso, se sustenta a tese que o poder é definido como aquilo que é gerado na interação dos sujeitos comunicantes, ou seja, entre os sujeitos, no estar junto uns com os outros, ao serem vistos e escutados entre si.

Palavras-chave: Poder, Violência, Ação, Política e Comunicação.

Cómo referenciar este artículo: Navarro, L. & Romero, M. (2016). Los conceptos de poder y violencia en Hannah Arendt: un análisis desde la comunicación. *Pensamiento Americano*, 9(17), 54-66.



Recibido: Agosto 22 de 2015 • Aceptado: Noviembre 24 de 2015

* El artículo es resultado de reflexiones teóricas que tienen como fin fundamentar desde la filosofía la investigación titulada La Bonga de San Basilio de Palenque: del desplazamiento a la construcción de historia liderada y financiada por la Universidad Autónoma del Caribe de Barranquilla. La investigación se enmarca en el interés de las comunidades de la región Caribe de Colombia de preservar su memoria histórica, siempre en tensión con las propuestas totalitaristas propias de una violencia que exige silencio en contextos del conflicto armado colombiano.

1. Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad del Norte de Barranquilla-Colombia. Magister en comunicación de la Universidad del Norte. Filósofo y comunicador social de la Universidad Javeriana de Bogotá. Adscrito al grupo de investigación Área de Broca: medios, lenguaje y sociedad de la Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla, Colombia. luis.navarro12@uac.edu.co
2. Magister en comunicación de la Universidad del Norte de Barranquilla-Colombia. Adscrita al grupo de investigación Área de Broca: medios, lenguaje y sociedad de la Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla, Colombia. martha.romero17@uac.edu.co

1. Introducción

Escribir sobre el poder en Hannah Arendt, obliga a pensar la política como posibilidad de un ámbito plural en el que quienes participan se revelan como alguien¹. “La política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres” (Arendt, 1997, p.45). Tal como lo asegura Arendt en las primeras páginas de su texto *La condición humana* (1958), lo que propone este documento “es nada más que pensar en lo que hacemos” (p.18), es decir, pensar en las actividades humanas desde su experiencia misma. El poder es una de ellas.

Arendt concibe al poder, como aquello que surge cuando los sujetos se reúnen para actuar y dialogar en concierto. Este es el punto de partida del presente artículo. Por tanto, el poder se da fuera del sujeto, no en su interior; en este sentido el sujeto es apolítico (Arendt, 1997, p.46), es decir la política nace en él entre los sujetos y por tanto completamente fuera del sujeto.

A partir de ahí, vemos poner en práctica y afianzarse un método basado en el arte de definir conceptos, un arte de la distinción que ella atribuye a Aristóteles y en el que consiste en buena medida el ejercicio de

pensar para la autora. Pensar es distinguir, captar la especificidad de los conceptos, de las experiencias en las que estos arraigan: imperialismo-totalitarismo, labor-trabajo-acción, privado-público, social-político, pensar-conocer, pensamiento-voluntad-juzicio, son algunos de los que se van puliendo en estas páginas (Fuster, 2013, pp.145-146).

El documento se construye a partir de la idea trabajada por Arendt en el ensayo *Sobre la violencia*, en el cual se define la acción política como una acción emparentada, en ese sentido, con el poder como la posibilidad de concertar y sostener acciones. “En contraposición, la violencia anula siempre la posibilidad de nuevas acciones” (Loyola, 2011, p.29). De esta forma, la violencia no puede generar poder político, si se tiene en cuenta su carácter instrumental. En coherencia con ello, para Arendt, el poder no es identificado con coacción violenta, sino más bien con la capacidad humana de realizar acciones concertadas. Este artículo busca demostrar que la violencia como acto de naturaleza instrumental, impuesta bajo una dinámica medio-fin, es totalmente opuesta a la concepción arentiana de poder.

El artículo aborda el concepto de poder definido en contraposición al concepto de violencia. Para ello se ofrecen tres estadios del concepto de poder. En primer lugar se esboza una definición del poder como un concepto asociado con las categorías de acción y de política que propone Arendt en su texto *La condición humana*. En segundo lugar se describe la

¹ El artículo es resultado de reflexiones teóricas que tienen como fin fundamentar desde la filosofía la investigación titulada *La Bonga de San Basilio de Palenque: del desplazamiento a la construcción de historia* liderada y financiada por la Universidad Autónoma del Caribe de Barranquilla. La investigación se enmarca en el interés de las comunidades de la región Caribe de Colombia de preservar su memoria histórica, siempre en tensión con las propuestas totalitaristas propias de una violencia que exige silencio en contextos del conflicto armado colombiano.

esfera pública como el espacio físico/simbólico en donde se configura el poder que propone Arendt. En última instancia, el artículo define la posibilidad comunicativa (no instrumental) de los sujetos como la principal forma de vivir el poder por parte de los seres humanos.

2. Marco teórico

2.1. *El poder como posibilidad política (acción) de los sujetos*

El poder surge en el entre y se establece como relación. Solo existe en la medida en que hay relaciones entre los sujetos. Para Arendt el poder es distinto de potencia, fuerza, autoridad y violencia, conceptos utilizados en el habla común de forma indiscriminada. “Emplearlas como sinónimos no solo indica una cierta sordera a los significados lingüísticos, lo que ya sería suficientemente serio, sino que también ha tenido como consecuencia un tipo de ceguera ante las realidades a las que corresponden” (Arendt, 1969, p.146). En este mismo orden, si la cuestión política solo se reduce a ¿quién manda a quién? entonces los conceptos enunciados en la cita no serían más que palabras para indicar los medios por los que el hombre domina al hombre.

Sin embargo, para Arendt, el poder no es sinónimo de dominación. “Solo después de que se deja de reducir los asuntos públicos al tema del dominio, aparecerán, o más bien reaparecerán en su auténtica diversidad los datos originales en el terreno de los asuntos humanos” (Arendt, 1969, p.146). Por ejemplo, la potencia

corresponde a un individuo, es singular, individual, es propiedad inherente a un objeto o persona y pertenece a su carácter, que puede demostrarse a sí mismo en relación con otras cosas o con otras personas, pero es esencialmente independiente de ellos.

No es la esfera privada la que servirá de base conceptual al concepto de poder que propone Arendt. Por ejemplo, la autoridad existe entre personas a través de algunas relaciones como padre-hijo, profesor-alumno, en entidades jerárquicas de la Iglesia; su característica es el indiscutible reconocimiento por aquellos a quienes se les pide obedecer y para ello no precisa ni de la coacción, ni de la persuasión. Este tipo de relación exige el establecimiento de una jerarquía previa. Contrario a esto, “El sujeto solo actúa, en el espacio público concebido como espacio de aparición, en la medida en que se atreve a presentarse a sí mismo ante otros, cuando es capaz de reiniciar nuevos proyectos en comunidad mediante obras y discursos” (Navarro, 2014, p.25).

Por su parte, la violencia posee un carácter instrumental, es decir, la violencia nunca es posible sin instrumentos (Arendt, 1969, p.147), lo que equivale a pensar que precisa de una guía y una justificación hasta lograr el fin que persigue. Sin embargo es muy corriente combinar este concepto con violencia y poder y menos frecuente la comprensión pura del concepto de poder. Esta combinación se presenta cuando se concibe el poder en términos de mando y

obediencia desde donde resulta tentador para igualar así con la violencia. En este orden de ideas, el poder arendtiano, tampoco se define desde el número de personas bajo el mando. Arendt lo describe de forma clara en la siguiente cita:

El poder no necesita justificación, siendo como es inherente a la verdadera existencia de las comunidades políticas; lo que necesita es legitimidad. [...] El poder surge allí donde las personas se juntan y actúan concertadamente, pero deriva su legitimidad de la reunión inicial más que de cualquier acción que pueda seguir a esta (1969, p.154).

En términos políticos, la pérdida de poder se convierte en una tentación para reemplazar al poder por la violencia. Para dar cuenta de la acción, Arendt establece un contraste entre esta y las otras dimensiones de la condición humana, la labor y el trabajo. En conexión con el párrafo anterior, es posible decir que la libertad se comprende como un no sometimiento a la coacción de ningún otro, ni como laborante, ni tampoco bajo la necesidad de ganarse el pan diario. Igual que en los griegos, el hombre debía estar libre de las obligaciones necesarias para vivir. Hasta aquí es posible plantear una primera idea concreta y central para los intereses de este artículo: El poder no se asocia entonces a coacción ni a violencia, ni se basa en la dominación absoluta que algún sujeto pueda ejercer sobre otro.

Lo político en este sentido griego se centra, por tanto, en la libertad, comprendida negativamente como no ser dominado y no dominar, y positivamente como un espacio solo establecido por muchos, en que cada cual se mueva entre iguales. Sin tales otros, que son mis iguales, no hay libertad. Por eso quien domina sobre los demás y es, pues, por principio distinto de ello, puede que sea más feliz y digno de envidia que aquellos a los que domina pero no más libre (Arendt, 1997, p.70).

Fina Birulés asegura que Arendt entiende la labor como la dimensión ligada a la necesidad, al ciclo de repetición de la naturaleza, a la producción de todo lo necesario para mantener vivo al organismo humano y a la especie. La labor se relaciona con la producción y el consumo. “De esta manera, laborar y consumir no son más que dos etapas del siempre repetitivo ciclo de la vida biológica” (Birulés, 1997, p.16). Esto quiere decir que la labor no representa un componente político de la condición humana. Cada miembro de grupo que labora no tiene reconocimiento, y es por esta razón que en esta dimensión de la actividad humana, la identidad se confunde con la uniformidad.

Por su parte, a diferencia de la labor, el trabajo es productivo: sus resultados están destinados no tanto a ser consumidos como a ser usados: tienen un cierto carácter duradero. “El trabajo constituye la dimensión por medio de la cual producimos la pura variedad inagotable

de cosas que constituyen el mundo en que vivimos, el artificio humano” (Birulés, 1997, p.17). Este proceso se caracteriza por ser objetivo, instrumental, medio-fin, estable, durable y artificial. Se trabaja para fabricar y para utilizar.

De manera contraria a la labor y el trabajo, la acción se distingue por su constitutiva libertad, por su carácter impredecible. Para Arendt, el sentido de la política es la libertad (Arendt, 1997, p.62), es decir, es una necesidad ineludible para la vida humana, tanto individual como social. “Para Hannah Arendt la política es acción, pero acción no es cualquier comportamiento. *Vita activa*, expresión latina que traduce el *bios politikos* de Aristóteles, es el reino de la libertad, es el espacio en el que los seres humanos pueden ser libres” (Giannareas, 2011, p.100) Desde esta perspectiva, el hombre no es autárquico, sino que depende en su existencia de otros: sin ella, la convivencia sería imposible. “Es gracias a la acción y a la palabra que el mundo se revela como un espacio habitable, un espacio en el que es posible la vida en su sentido no biológico (bios)” (Birulés, 1997, p.18). Esta dimensión de la condición humana solo se articula mediante el lenguaje, de forma concreta, a través de la deliberación y el diálogo.

Parece ser obvio, así, que Arendt retoma y amplía en *Sobre la violencia* una tesis que ya había sido anunciada en *Los orígenes del totalitarismo*. La perpetración de la violencia en la política atenta abiertamente contra la *espontaneidad* de la acción humana. Esta

formulación se hace posible mediante la distinción entre violencia y poder. Mientras que el primer término responde a la necesidad humana de anular la espontaneidad de las acciones de los seres humanos, el último refiere a la capacidad humana de actuar concertadamente, es decir, se trata de aquello que permite la creación espontánea de nuevas tramas de acontecimientos a través de las acciones (Loyola, 2011, p.40).

De ahí que no queda considerar a quien actúa como alguien preexistente aislado, soberano y autónomo; más bien se califica al sujeto como dado en el mundo razón; de igual forma, la libertad es entendida como característica de la existencia humana en el mundo, es decir, los seres humanos son libres mientras actúan, nunca antes ni después, porque ser libre y actuar es una y la misma cosas.

No podemos menos que pensar, que la acción y el discurso necesitan de otros, y, no vale argumentar por la fuerza para llevar a la acción a los sujetos, pues la acción ha de ser dicha, en tanto, empresa de dos formas: la iniciativa a cargo de un individuo y la finalización de la misma por parte de los demás; es decir, la acción siempre comienza o se da inicio desde la determinación volitiva de un sujeto que la revela ante los demás y estos serán precisamente los que darán fin... (Uribe, 1997, p.40).

De la anterior cita se infiere que la acción

en Arendt es cooperativa entre los actores de la comunidad política, dados en ella, es decir, revelados en ella como sujetos distintos y únicos entre iguales. En el contexto de la acción están necesariamente presente los otros. De ahí que recurra a la categoría de natalidad para dar cuenta de esta dimensión. La acción política, piensa Arendt, “como cualquier otro tipo de acción es siempre esencialmente el comienzo de algo nuevo” (Arendt, 1995, p.43).

La política es sinónimo de interés humano por la acción; la acción es política misma, es poder en sí mismo; sin embargo, la acción solo es política si va acompañada de la palabra (Lexis), del discurso, es decir, en la medida en que esta última convierte en significativa la praxis. “Y ello porque, en la medida en que siempre percibimos el mundo desde la distinta posición que ocupamos en él, solo podemos experimentarlo como mundo en el habla. Solo hablando es posible comprender, desde todas las posiciones, cómo es realmente el mundo” (Birulés, 1997, pp.18-19).

En este sentido, el ser humano es ante todo acción. Los totalitarismos, hacen al hombre dependiente, les quita su autonomía y su posibilidad de pensar. Es como una barra de hierro que comprime cada vez más a la gente hasta que se vuelve una sola persona (Arendt, 1951, p.466). De forma absolutamente contraria a esto, la capacidad de actuar es la fuente del poder. Distingue tres tipos de poder: político (las acciones que cambian el mundo, la esfera pú-

blica), apolítico (la dominación), y antipolítico (apartamiento del mundo, el totalitarismo, la violencia ciega...). “Solo la violencia absoluta es muda” (Arendt, 1958, p.26). Arendt tomará la idea de poder desde una concepción de la acción, como una capacidad para concertar con los demás y actuar de acuerdo con ellos. El poder aparece entre los hombres cuando actúan juntos y desaparece cuando se disgregan, cuando alguien se impone. Arendt critica la desaparición del espacio público en el mundo moderno y con ello la eliminación de la condición necesaria para la acción y la libertad.

En su texto *¿Qué es la política?* Arendt afirma que el hombre es apolítico. La política nace entre los hombres, por lo tanto completamente fuera de él (1997, p.46). Esto quiere decir que la acción política existe con respecto a los demás y que es así como se da el poder. En este sentido tiene que ver con lo vivido, con lo particular, con lo dotado de significación, con el mundo sensible, con las formas de dejarnos ver y oír delante de los/las otras, donde no podemos evitar aparecer. Ahora bien, aparecer es revelarse. Por tanto, el poder es posibilidad, posibilidad de hacer cosas para los fines colectivos y se caracteriza por la pluralidad, no propuesta desde la trascendencia, ni la unificación o reduccionismo a una historia universal, sino desde la contingencia, la singularidad y la individualidad (como potencia).

La pluralidad humana, básica condición tanto de la acción como del discurso, tiene

el doble carácter de igualdad y distinción. Si los hombres no fueran iguales, no podrían entenderse, ni planear y prever para el futuro las necesidades de los que llegarán después. Si los hombres no fueran distintos, es decir, cada ser humano diferenciado de cualquier otro que exista, no necesitarían el discurso ni la acción para entenderse (1958, p.200).

2.2. *El poder como posibilidad de comunicar*

De lo anterior se infiere que el discurso y la acción revelan la posibilidad de ser distinto de los seres humanos. Mediante ellos, los sujetos se diferencian en vez de ser meramente distintos; “son los modos en que los seres humanos se presentan unos a otros, no como objetos físicos, sino como hombres (SIC)” (Arendt, 1958, p.200). En este sentido es posible concebir el poder arendtiano como comunicación. Con la palabra y el acto hay inserción en el mundo humano; en esta inserción no opera la necesidad como sucede en la labor; tampoco la utilidad como en el caso del trabajo. Lo que sucede con la laborar es que es una actividad en la que el hombre no está junto con el mundo ni con los demás, sino solo con su cuerpo, frente a la desnuda necesidad de mantenerse vivo.

En la labor no hay reconocimiento del otro. Para Arendt, el *animal laborans* es incapaz de distinguir, es incapaz de acción y de discurso, lo que parece confirmarse por la sorprendente inexistencia de rebeliones de esclavos en los tiempos antiguos y modernos. Es, al fin y al cabo, la comunicación entre sujetos, en la esfe-

ra pública, la base de la política y de la humanidad. La esfera pública es el espacio en donde puede aparecer la libertad. “No es un espacio en ningún sentido topográfico o institucional: un municipio o una plaza de ciudad donde la gente no actúe en concierto, no es un espacio público en este sentido arendtiano” (Benhabid, 1993, p.32). Esto quiere decir que un comedor privado en el que la gente se reúna a escucharse o en el cual se manifiesten disidencias, diferentes pluralidades, puede convertirse en un espacio público.

En coherencia con lo expuesto, las esferas públicas son tales en la medida en que se convierten en sitios de poder, lo cual implica espacios de aparición de acciones coordinadas mediante el lenguaje, la persuasión, la palabra. “Actuar, en su sentido más general, significa tomar una iniciativa, comenzar (como indica la palabra griega *archein*, comenzar, conducir y finalmente gobernar), poner algo en movimiento” (Arendt, 1958, p.201). De todo recién nacido se espera lo inesperado. “Nacer es entrar a formar parte de un mundo que ya existía antes, nacer es aparecer, hacerse visible, por primera vez, ante los otros; entrar a formar parte de un mundo común” (Birulés, 1997, p.18). El hecho de que el hombre sea capaz de acción significa que cabe esperarse de él lo inesperado, de realizar lo que es infinitamente improbable. Y una vez más esto es posible debido solo a que cada hombre es único, de tal manera que con cada nacimiento algo singularmente nuevo entra en el mundo.

Si la acción como comienzo corresponde al hecho de nacer, si es la realización de la condición humana de la natalidad, entonces el discurso corresponde al hecho de la distinción y es la realización de la condición humana de la pluralidad, es decir, de vivir como ser distinto y único entre iguales (Arendt, 1958, p.202).

Esto significa que toda acción es inherente un discurso. No se presenta acción sin discurso, es decir sin sujeto; Arendt coloca el plano de la acción el plano de lo humano, en el plano de las palabras, no en el de los robots; la acción no puede tener lugar en el aislamiento, ya que quien empieza algo solo puede acabarlo cuando consigue que otros le ayuden. El principio del aislamiento es el miedo. “El miedo está ligado a la angustia que se prueba en el aislamiento, es decir el reverso de la igualdad” (Amiel, 2000, p.41). Así, el temor es la manifestación de la antipolítica. Contrario a ello, es a través de la palabra como el sujeto se identifica como actor social, anunciando lo que hace, lo que ha hecho y lo que intenta hacer; todo esto se hace posible en la esfera pública. En la guerra no hay acción, no hay reconocimiento, no hay poder. En ella, el discurso es una simple charla más; la palabra un simple instrumento-medio para alcanzar un fin, sea para engañar al enemigo o para deslumbrarlo. De esta forma no existe el sujeto, no existe el quién, solo el qué o el para qué. Se pierde la identidad de la gente.

La acción sin un nombre, un quién unido a ella, carece de significado. Los monumentos

a los soldados caídos en la guerra colombiana, la necesidad de enterrar los restos de sus hijos secuestrados, asesinados y desaparecidos de la guerra, responden a la búsqueda de un quién, un identificable, alguien al que hubieran revelado los años de guerra.

La frustración de ese deseo y la repugnancia a resignarse al hecho brutal de que el agente de la guerra no era realmente nadie, inspiró la erección de los monumentos al desconocido, a todos los que la guerra no había dado a conocer, robándoles no su realización, sino su dignidad humana (Arendt, 1958, p.205).

Con este planteamiento se relaciona la tesis arendtiana de que la acción, a diferencia de la fabricación, nunca es posible en aislamiento; estar aislado es lo mismo que carecer de la capacidad de actuar. El sujeto arendtiano se revela al otro a través de la acción y la palabra, en la medida en que es a través de estos medios como el hombre se presenta como diferente. “La acción reveladora necesita de pares y de espectadores, y es esto sin duda lo que hace decir a Arendt que el teatro es el arte más político” (Amiel, 2000, p.68). La acción y el discurso necesitan la presencia de otros no menos que la fabricación requiera la presencia de la naturaleza para su material y de un mundo en el que colocar el producto acabado. “La fabricación está rodeada y en constante contacto con el mundo; la acción y el discurso lo están con la trama de los actos y las palabras de otros hombres” (Arendt, 1958, pp.211-212).

Todo ello se da en el escenario de la *polis*, no definida como ciudad-estado en su situación física; más bien es la organización de la gente tal como surge de actuar y hablar juntos; se trata de la dimensión comunicativa y política de los seres humanos. Su verdadero espacio se extiende entre las personas que viven juntas para este propósito, sin importar dónde estén. En la *polis*, la acción y el discurso pueden encontrar un espacio entre los participantes en todo tiempo y lugar. “Se trata del espacio de aparición en el más amplio sentido de la palabra, es decir, el espacio donde yo aparezco ante otros como otros aparecen ante mí, donde los hombres no existen meramente como otras cosas vivas o inanimadas, sino que hacen su aparición de manera explícita” (Arendt, 1958, p.221). Es aquí desde donde es posible contextualizar la comprensión arendtiana de poder.

2.3. El poder se configura en la esfera pública arendtiana

La esfera pública es el escenario político en donde los sujetos se hacen iguales, pero no idénticos. Solo el acto político puede generar igualdad, en la medida en que permite a los sujetos posibilidad de palabra y acción. En este sentido, la narración identificaría el sujeto mediante el relato de sus propias acciones. Los seres humanos no son substancia, no son esencia, no pueden ser definidos, pero sí pueden ser relatados, y relatar es dar sentido a lo heterogéneo pero sin unificar. En esta tesis es importante la comunicación como elemento político que define a los seres humanos. La comunica-

ción es el poder público de los sujetos, lo cual se configura siempre que se agrupan a través del discurso y la acción en la esfera pública.

Y es precisamente en la palabra, en las relaciones humanas en donde se construye el poder. De forma contraria, la violencia se apoya en los instrumentos, en los artefactos; esta puede siempre destruir al poder. Al respecto, Arendt asegura que “del cañón de un arma brotan las órdenes más eficaces que determinan la más instantánea y perfecta obediencia. Lo que nunca podrá brotar de ahí es el poder” (Arendt, 1969, p.155). De esta forma, el poder no es almacenable, no se puede reservar para hacer frente a emergencias, como los instrumentos de violencia, sino que solo existe en su realidad, a través de la potencia de la palabra. Arendt lo enuncia de manera clara de la siguiente manera:

El poder solo es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y los hechos no son brutales, donde las palabras no se emplean para velar intenciones sino para descubrir realidades, y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades (Arendt, 1958, p.223).

En este sentido, el poder es lo que mantiene la existencia de la esfera pública, el potencial espacio de aparición entre los sujetos que actúan y hablan. No se traduce en este contexto como fuerza. Para concebirlo así será necesario

pensar en un sujeto aislado; de manera contraria este surge entre los sujetos cuando actúan juntos y desaparece en el momento en que se dispersan. Por tanto, el poder es independiente de lo material, de cualquier factor instrumental acumulable utilizable en actos violentos si bien la violencia es capaz de destruirlo nunca puede convertirse en su sustituto.

Arendt tuvo claro que los movimientos totalitarios aparecieron en un mundo no totalitario, que se articularon a partir de elementos presentes en tal mundo, y que, por lo tanto, el proceso de su comprensión implicaba, en gran medida, un proceso de autocomprensión que desafiaba la cultura occidental. Tuvo la agudeza de mostrar que los regímenes totalitarios emergieron en sociedades en que ya se encontraban debilitadas la esfera política y las capacidades humanas a partir de las cuales los individuos le dan vida a aquella. Una de las principales condiciones pretotalitarias reside en la destrucción de la esfera pública a través de la dinámica de producir el aislamiento y la desvinculación política de los individuos (Figuroa, 2014, p.132).

De ahí, asegura Arendt, la no infrecuente combinación política de fuerza y carencia de poder. En la figura del tirano el poder es sinónimo de fuerza y de estrategia, desplazando lo público, la palabra, la acción al terreno de lo antipolítico. La pensadora alemana acude al pensamiento de Montesquieu para ejemplificar

esta postura en la tiranía. Según Montesquieu la característica sobresaliente de la tiranía era que se basaba en el aislamiento, del tirano con respecto a sus súbditos y de estos entre sí debido al mutuo temor y sospecha. Esto conduce a la contradicción de la esencial condición humana de la pluralidad, el actuar y hablar juntos, que es la condición de todas las formas de organización política.

La tiranía impide el desarrollo del poder, no solo en un segmento particular de la esfera pública sino en su totalidad; dicho con otras palabras, genera impotencia de manera tan natural como otros cuerpos políticos generan poder... solo la tiranía es incapaz de desarrollar el poder suficiente para permanecer en el espacio de aparición en la esfera pública; por el contrario, fomenta los gérmenes de su propia destrucción desde que cobra existencia (Arendt, 1958, pp.225-226).

Es por ello que Arendt asegura que “el único factor material indispensable para la generación de poder es el vivir unido del pueblo” (1958, p.224). El sujeto aislado, no unido a los demás, que no participa, sufre la pérdida de poder y queda impotente, por muy grande que sea su fuerza y muy válidas sus razones. En su texto de 1969, *La crisis de la República*, Arendt alude de forma directa su concepto y lo enuncia de la siguiente manera:

Poder corresponde a la capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para

actuar concertadamente. El poder nunca es propiedad de un individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido. Cuando decimos de alguien que está en el poder nos referimos realmente a que tiene un poder de cierto número de personas para actuar en su nombre. En el momento en que el grupo, del que el poder se ha originado (*potestas in populo*, sin un pueblo o un grupo no hay poder), desaparece, su poder, también desaparece (SIC) (p.146).

En este orden de ideas es válido afirmar que el poder es ilimitado, es decir, carece de limitación física en la naturaleza humana, en la existencia corporal del hombre, como fuerza. Su única limitación es la existencia de otras personas, comprendidas como personas plurales. “El poder es concebido por la autora como la capacidad humana para actuar concertadamente, solo aparece allí donde los hombres se reúnen con el propósito de realizar algo en común” (Figuroa, 2014, p.134). Pensar en la omnipotencia implica la destrucción de la pluralidad. Esta no es, pues simple alteridad, pero tampoco equivale al mero pluralismo político de las democracias representativas.

Es más bien posibilidad de ser visto y oído, es la posibilidad de ser visible en las diferencias; la pluralidad no supone fusión, de ahí que Arendt arremeta contra cualquier intento de construcción de los cuerpos políticos sobre el

modelo del parentesco o de la familia, se aleje de las proximidades y fraternidades, porque en ellas los diversos se convierten en uno. “La condición indispensable de la política es la irreductible pluralidad que queda expresada en el hecho de que somos alguien y no algo” (Birulés, 1997, p.21). De ahí que el intento de suprimir la pluralidad es equivalente a la abolición de la propia esfera pública (Arendt, 1958, p.241).

Esto equivale a que los ciudadanos pierdan su espacio de participación en los asuntos comunes, se fortalezca la laboriosidad y la industria privada y que solo el gobernante se convierta en una figura que comporta competencias propias del ámbito privado en el sentido más estricto. “Las ventajas de corto alcance de la tiranía, es decir, la estabilidad, seguridad y productividad, preparan el camino para la inevitable pérdida de poder, aunque el desastre real ocurra en un futuro relativamente lejano” (Arendt, 1958, p.242).

3. Conclusiones

Para finalizar algunas reflexiones finales que intentan recoger las ideas más importantes sustentadas en este artículo:

1. Arendt desarrolla una crítica en contra de aquella idea antipolítica para la pensadora de que los hombres solo pueden vivir juntos legal y políticamente cuando algunos tienen derecho a mandar y los demás se ven obligados a obedecer. En coherencia con esto,

- cuestiona la concepción de que toda comunidad política está formada por quienes gobiernan y por los que son gobernados, en la que se basan las actuales definiciones de formas de gobierno, monarquía (gobierno de uno), oligarquía (gobierno de pocos) y democracia (gobierno de muchos).
2. Desde Arendt es posible concluir que poder y violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro. “La violencia aparece donde el poder está en peligro pero, confiada a su propio impulso acaba por hacer desaparecer al poder” (Arendt, 1969, p.158). Hablar de un poder no violento constituye en realidad una redundancia. Se puede concluir que el poder es posibilidad de comunicar entre los demás a través del diálogo, la disertación y el debate.
 3. Para Arendt la política es experiencia humana, interacción social plasmada en la esfera del poder o esfera pública o mejor esfera de la libertad y la pluralidad. En ella se desarrollan todas las relaciones posibles de comunicación.
 4. La violencia es absolutamente incapaz de crear al poder, es decir el poder no nace, no se deriva de la violencia, de su opuesto. “Solo el poder genera poder” (Arendt, 1969, p.146), lo que significa que el poder no depende de otra cosa que de sí mismo. El totalitarismo, el autoritarismo y toda forma jerárquica de concebir las relaciones sociales equivale en este contexto a anular la posibilidad del poder y por ende de la comunicación.

Referencias

- Amiel, A. (2000). *Hannah Arendt. Política y acontecimiento*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Arendt, H. (1951). *The Origins of totalitarianism*. Nueva York: Ilacourt, Brace, cap. 13, p.466.
- Arendt, H. (1953). Comprensión y política. En: Caparrós (ed.). *Ensayos de Comprensión, 1930-1954*. (pp. 371-393). Madrid.
- Arendt, H. (1958). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (1969). *Crisis de la República*. Madrid: Taurus.
- Arendt, H. (1995). *Comprensión y política*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* (Textos sobre Hannah Arendt). Barcelona: Paidós.
- Benhabib, S. (1993). La paria y su sombra: sobre la invisibilidad de las mujeres en la filosofía política de Hannah Arendt. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 2, 21-26.
- Birulés, F. (1997). Por qué debe haber alguien y no nadie? En H. Arendt, *¿Qué es la política?* (pp. 9-40). Barcelona: Paidós.
- Figueroa, M. (2014). Hannah Arendt y el sentido de lo Político. En Figueroa (Ed), *Poder y ciudadanía. Estudios sobre Hobbes, Foucault, Habermas y Arendt*. Santiago: RIL Editores.
- Fuster, A. (2013). Notas sobre notas: el Diario filosófico de Hannah Arendt. *Cuadernos de filosofía*, 51, 143-149.

- Giannareas, J. (2011). Pensar la política. Sobre el legado de Hannah Arendt. *Universitas, Revista de Filosofía, Derecho y Política*, 14, 91-108.
- Loyola, J. (2011). La ignorancia del poder. Acerca de la violencia y el mal en la filosofía política de Hannah Arendt. *Estudios de Filosofía*, 9, 27-43.
- Navarro, L. (2014). *Entre esferas públicas y ciudadanía. Las teorías de Arendt, Habermas y Mouffe aplicadas a la comunicación para el cambio social*. Barcelona: Oberta UOC Publishing, SL.
- Sánchez, C. (2007). Hannah Arendt: los caminos de la pluralidad. En M. C. Melero (Ed.), *Democracia, deliberación y diferencia* (pp.239-242). Barcelona: Cuaderno Gris, 9.
- Uribe, J. (1997). *De lo Público y lo Privado: un apartado a Hannah Arendt*. Ibagué: Corporación Universitaria de Ibagué.